

2019

Jugar en la oscuridad

Alejandra Liliana Olarte Fernández
Universidad de La Salle, Bogotá, alolarte@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

Citación recomendada

Olarte Fernández, A. L.. (2019). Jugar en la oscuridad. *Actualidades Pedagógicas*, (73), 137-140. doi:<https://doi.org/10.19052/ap.vol1.iss73.7>

This Reseñas is brought to you for free and open access by Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Jugar en la oscuridad*

Jugar en la oscuridad

Toni Morrison

Nueva York: Vintage eBooks

1992

92 páginas

Alejandra Liliana Olarte Fernández

Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia

alolarte@unisalle.edu.co

El texto *Jugar en la oscuridad: la blanquidad en la imaginación literaria*, de la escritora estadounidense Toni Morrison, fue publicado originalmente hace 25 años, en 1992.¹ Al año siguiente, Toni Morrison recibió el Premio Nobel de Literatura, y se puede afirmar que su reputación como gran escritora se afianzó gracias a su aguda y compleja perspectiva crítica sobre la sociedad y la cultura estadounidenses, elaborada no solo en su ficción, sino en *Jugar en la oscuridad*, libro de teoría crítica y literaria de raigambre académica que, sin embargo, fue y es leído por un público lector más amplio. El propósito fundamental del texto es examinar tanto la caracterización de los personajes de raza negra como ciertas ideas y presencias asociadas con la *negritud* en hitos específicos de la narrativa estadounidense escrita por autores blancos de los siglos XIX y XX. A partir de dicho propósito, Morrison plantea una serie de cuestionamientos y puntos álgidos sobre el tema de la raza, invisible e invisibilizado por escritores y críticos literarios. Por ello, he decidido realizar una reseña del primordial texto de la escritora norteamericana: a casi tres décadas de haber sido escrito, su motivación y sus reflexiones sobre *raza* siguen estando a la orden del día en el ámbito de las Américas y del mundo, dadas las discriminaciones raciales y de clase acentuadas por los virajes políticos recientes. En este orden de ideas, el escritor James Baldwin, otro pensador de la noción de raza en la sociedad norteamericana, es el protagonista del más reciente documental del reconocido director haitiano Raoul Peck, *I am not your Negro* (2016).

¹ La traducción del título es de mi autoría, al igual que la de los fragmentos citados.

De acuerdo con Peck (Vanderbilt University, 2017), hacer el documental constituyó una respuesta ante una situación política global en la que resulta imposible esgrimir argumentos estructurados o invocar la historia y la experiencia colectiva e individual, como lo hace Baldwin, con el fin de luchar contra el resurgimiento de la ignorancia.

Morrison y Baldwin tienen a su haber textos de no ficción que logran una crítica certera y de fondo sobre la condición de la población negra en los Estados Unidos de América. Esta crítica llegó a generar una sensación de desapacibilidad e inconformidad en algunos lectores que han comentado el texto, porque cuestiona y deconstruye la superioridad normalizada de la raza blanca sobre la negra. Morrison lo hace en un prefacio y tres capítulos que examinan textos narrativos. En el prefacio, la escritora articula el origen de su investigación, apelando a su historia personal y su curiosidad intelectual y emocional: “Estaba interesada, como lo he estado por un largo tiempo, en las maneras en que la gente negra despierta momentos críticos de descubrimiento o cambio o énfasis en la literatura no escrita por ellos” (prefacio). Al tomar como ejemplo la autobiografía de Marie Cardinal, *Las palabras para decirlo*, Morrison indaga en el hecho de que, por ejemplo, hubiese sido la música de un hombre negro, Louis Armstrong, la que desató el nudo psicótico de Cardinal.

En el primer capítulo, titulado “Lo negro importa”, Morrison toma como texto ilustrativo la novela *Sapphira y la muchacha esclava*, de Willa Cather, y explora distintas concepciones involucradas en la consolidación de una literatura canónica norteamericana que se formó sin, al parecer, haberse enterado de cuán definitiva fue la población africana y, luego, afroamericana en la historia de Estados Unidos. Sin embargo, y en un movimiento paradójico, la presencia negra en la literatura estadounidense fue crucial para generar un sentido de lo propiamente “americano” (pp. 4-5). Junto con la literatura, la crítica literaria, y de otra índole, ha evadido y silenciado asuntos relacionados con la raza, disfrazando las posturas ideológicas de la literatura y haciendo un gesto en apariencia liberal y generoso (p. 9).

En el segundo capítulo, “Romantizar la sombra”, Morrison se concentra en imágenes concretas de la narrativa de Edgar Allan Poe para mostrar cómo la idea de la *blanquidad* y de la *negritud* se encuentran de manera omnipresente en la imaginación de escritores fundacionales como el mismo Poe o Herman Melville. En el imaginario del romanticismo estadounidense, se establecieron plataformas para fabular y moralizar, creando imágenes

del terror, cuyo ingrediente más característico es la oscuridad, con todo el valor connotativo que esta tiene (p. 37). Más adelante, Morrison se enfoca en las narrativas de la esclavitud, a partir de la obra y la recepción moderna de Twain, por ejemplo, y la presentación de personajes negros, con el fin de establecer puntos críticos de investigación que indaguen en las diferentes presencias de la *negritud*, las cuales apuntan una y otra vez a la manera como se ha logrado y delimitado el concepto de *libertad*, tan caro a la esencia misma de lo “americano”, y que, inevitablemente, se relaciona con la construcción de la identidad blanca.

En el tercer y último capítulo, “Enfermeros perturbadores y la amabilidad de los tiburones”, Morrison plantea cómo la raza se ha hecho metafórica y se usa como una noción que cumple agendas políticas y económicas. En el espacio literario del siglo XX, los escritores crearon un imaginario de raza que les permitió imaginar y actuar lo prohibido en la cultura estadounidense (p. 65). Así, para el blanco americano pintarse la cara de negro le permitía salirse de la ley y realizar actos que de otra manera serían tabú; en efecto, no es casualidad que aquello clandestino acompañe la articulación de la individualidad y la libertad en los Estados Unidos. Igualmente, Morrison identifica una serie de categorías lingüísticas usadas en textos literarios, las cuales proponen una imagen estereotipada, desplazada y fetichizada, entre otras, de personajes negros. Un caso ilustrativo de tales categorías es la obra de Ernest Hemingway, que pareciera usar a estos personajes como mero aditamento servil de los protagonistas para resaltar sus complejas y viriles virtudes. Así, mediante este análisis, Morrison intenta desviar la mirada crítica del objeto racial al sujeto racial, de lo imaginado a lo/el imaginante (p. 90).

Precisamente, es la imaginación una de las ideas estructurantes del texto, pues constituye un acto fundamental en la configuración del concepto de *raza* en la literatura. No obstante, dicho acto, según Morrison, es llevado a cabo por los autores desde una perspectiva ideológica fuerte, aunque pareciera despojada de esta. El suceso imaginativo, para Morrison, no es, entonces, una cumbre enaltecida que permite a los escritores crear cosmovisiones empáticas; por el contrario, en muchas ocasiones, la imaginación puede reproducir un mundo en el que los lectores no pueden ver claramente y, en esa medida, la imaginación termina saboteándose a sí misma, según sus palabras en el prefacio. La crítica al movimiento imaginativo del escritor resulta un acto polémico, porque, aunque sustenta el

desbanco del escritor como poseedor de una voluntad original, sí sostiene que existe una relación directa entre lo imaginado por el autor y lo que lee el público receptor: la ideología se transmite sin problemas si no se descompone tanto de manera individual como colectiva, esa es la advertencia de la escritora. En concordancia con las ideas presentadas, Morrison también plantea acertadamente un vínculo complejo entre la psicología del individuo y el contexto sociocultural en el que vivimos. Los temores, las ansias y las angustias propias, que corresponden a experiencias personales y a patrones genéticos específicos, se dan siempre con relación a temores que se han construido culturalmente y que pueden darse en un contexto machista, racista o clasista. De este modo, patologías o neurosis de ciertas personas de raza blanca, por ejemplo, estarían relacionadas inconscientemente con aspectos distintos de la *negritud*. Aunque no lo establezca explícitamente, la crítica también se dirige al psicoanálisis en sus diferentes versiones o a la psicología conductista, disciplinas que no tomaron en cuenta este aspecto en sus teorías y estudios de caso.

140 ■ *Jugar en la oscuridad* implica una lectura incómoda de reconocimiento propio. He ahí por qué el texto es aún más actual de lo pensado: Morrison nos enfrenta a la dinámica de una lectura que no se puede desprender del lugar de enunciación del escritor y de su contexto histórico y, en esa medida, nos muestra continuamente que escribir y leer no son actos inocentes. Cuando nos dedicamos a estas actividades, formamos un mundo de verdades propias y concretas, pero que tienden a la abstracción y, en ese sentido, adquieren un carácter en apariencia universal o general. El develamiento de cómo aparecen y qué connotan la *blanquidad* y la *negritud* en textos que, como bien señala Morrison, no son racistas, nos interpela acerca de aquellas valoraciones, prejuicios y estereotipos que hemos aprendido de la literatura sin saberlo.

Referencias

Vanderbilt University. (2017, 26 de octubre). *I am not your negro: Race, identity and baldwin/raoul peck*. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=GBmZ68pxJiU&t=838s>